

o como si no supiéramos que nuestra vida tiene valor por lo que posee de cultura espiritual, y ésta, lo sabes, no la consigues con estudiar la *amiba* o conocer la diferenciación psíquica de la piel o con el cálculo infinitesimal, y sí con el revivir todos los momentos ideales de la humanidad, momentos cuyas fuentes primordiales están en el Espíritu y no fuera de él, en el Espíritu que es Arte, Religión y Filosofía, y no en el informe agregado de todas las ciencias naturales, agregado que, desgraciadamente, como el vaso de Tasso, engaña a muchos estudiosos y buenos compañeros. Y esos momentos ideales por que ha atravesado la humanidad tienen hondas raíces en la antigüedad clásica y nada más necesario que estudiar los elementos que exteriorizan esa vida, el latín, el griego, etc., para vivir en nosotros esa vida que, por lo tanto, es parte de la nuestra, es nuestra vida misma.

Ya ves en lo que me ha hecho incurrir tu folleto, escribir tanto, cuando menos lo imaginaba, y ya que el objeto de ésta era hablar de tu trabajo — aunque indirectamente lo he hecho (hasta ahora — te diré que tus ensayos de traducción son dignos de todo respeto por su corrección y acierto; el método que empleas para dar a conocer a Safo, a Alceo, etc., consistente en dar nueva vida a esas soberbias creaciones, me parece excelente; excelente por ésto: porque no sigue la forma usada en la actualidad, de que una monografía es un cúmulo de datos aislados, que no te dan una impresión sintética del objeto tratado y te presentan un cadáver tan diseccionado que, al fin, no lo conoces; tú presentas la vida de esos autores, la vives y la haces vivir; y esto es crítica.

No quiero prolongarme. Confío en tu asiduidad para esos estudios y en la esperanza de que para nuestra generación estudiosa, la antigüedad clásica ha de ser un símbolo y que hemos de tener por cierto, para todos esos monumentos de arte, lo que Platón en su "República" decía de Homero: *ὄς τεν Ἐλλάτα πεπáιδευκεν οὐτός ποητής*. Te abraza tu amigo. — Jacinto J. Cuccaro.

Elegías de ayer, por ARTURO VAZQUEZ CEY. Editorial "Virtus".

He dicho alguna vez que hay poetas de primera lectura, cuyo temperamento se descubre a poco que iniciemos el examen de sus estrofas. Otros en cambio, y aun cuando se expresen en idioma claro y fácil, suelen desconcertarnos, viéndonos obligados a releer sus libros, cuidadosamente, hasta penetrar bien el sentido íntimo de las composiciones. A esta última clase de poetas pertenece el señor Vázquez Cey.

La primera impresión que nos produce "Elegías de ayer", es la de que nos hallamos en presencia de un libro geométrico, bien escrito, lleno de literatura. Se nos ocurre que cada verso ha sido prolijamente confeccionado, en perjuicio de la inspiración espontánea. El artificio

se echa de ver en todas partes, hasta en la presentación tipográfica del volumen.

Sin embargo, volvemos a leer este pequeño tomo de versos, ansiosos de penetrar en el espíritu del autor y nos encontramos con que el poeta, aparentemente artificial y frío, es un temperamento apasionado de la belleza, de un gran lirismo, singularmente subjetivo.

Hay hasta cierto misticismo en "Elegías de ayer".

Tiene este libro, si se le considera atentamente, verdadero don de simpatía. Nos revela sobre todo a un poeta, que cuando se despeje un poco de cierto afán de perfección verbal que lo perjudica bastante, construirá obras realmente duraderas. — **Nicolás Coronado.** (ex "Nosotros", núm. 117).

JOSE INGENIEROS. — **La evolución de las ideas argentinas,** tomo I, **La Revolución,** Bs. Aires, 1918, 1 vol., de 544 págs.

José Ingenieros es uno de nuestros autores más fecundos. No pasa un año sin que nos obsequie con uno o dos gruesos volúmenes sobre las materias más variadas. Hoy es la psicología, mañana la sociología, luego la filosofía y esta vez es la historia la que atrae su pluma. Y todavía encuentra entre escribir y escribir, el rato libre para pronunciar tal o cual discurso maximalista. Si la multiplicidad es un carácter del genio, Ingenieros es un genio, no cabe duda. Y como tal, dejando las ingratas investigaciones particulares para los otros de abajo, él, en su altura, se ocupa del trabajo de generalización, y lo mismo como echara ayer las bases de la filosofía del siglo XXII, realiza hoy la arquitectónica de la historia argentina. Verdad, que a todos nosotros que, modestamente, nos ocupamos de la misma materia, nos ha dejado un poco descorazonados, pues anhelábamos llegar también algún día a arquitecto, y he ahí que nos condena Ingenieros para siempre al oficio humilde del albañil. Lo dijo Goethe alguna vez, que sólo los tunantes son modestos y así Ingenieros tiene razón. ¿Pero no temerá que en estos tiempos del bolshevikismo, nosotros nos rebelamos el día menos pensado contra nuestro destino "albañilista" que nos asigna benévolutamente, y echemos abajo toda su arquitectónica con una bomba de dinamita, como "ultima ratio"?

El nuevo libro de Ingenieros, como uno de los tantos que se publican diariamente sobre la historia argentina, no sería malo, admitimos hasta que sería bueno, y tendríamos que aplaudir además la laboriosidad de su autor, condición ésta que anda escasa en nuestro ambiente intelectual. Pero las advertencias del prefacio nos obligan a adoptar otra posición para nuestra crítica.

Lo que se impone a primera vista, al estudiar el nuevo libro, es la pobreza de la bibliografía que ha servido a nuestro autor para fundamentar su arquitectónica. Luego no hay criterio alguno en la selección de las fuentes. Ingenieros ha aprovechado todos los libros